

# La “crisis kantiana” de Kleist\*



El título de este trabajo hace referencia a la manera en que se ha dado en calificar la consternación que sufrió Heinrich von Kleist, escritor de principios del siglo XIX, al saber que Kant asegura que no podemos conocer la cosa en sí.

Aquí se abordan los motivos que tuvo Kleist para consternarse con la lectura de la *Crítica de la razón pura*. No se trata de hablar del equívoco de Kleist con respecto a lo que realmente dice esa obra, ni de si realmente la leyó o sólo supo del libro por un comentario de Johann Gottlieb Fichte; tampoco de las causas por las que alguien entra en crisis por la lectura de un libro —un tema que hoy en día únicamente puede ser tratado en una novela—. Se trata de reflexionar sobre por qué le preocupa tanto a Kleist lo que *él sabe* que dice Kant.

Kleist trató de explicar la razón de su crisis en dos cartas fechadas el 22 de marzo de 1801, una de ellas dirigida a su prometida Wilhelmine von Zenge y la otra a su media hermana Ulrike.

Hace poco conocí la filosofía más reciente, llamada kantiana, y puedo transmitirtte una de sus ideas principales, sin miedo de que resultaras tan terriblemente destrozada como esto ha sido para mí. Ya que no eres una especialista en el tema, trataré de decirlo tan claro como me es posible para que comprendas su importancia. [...] Si todos viéramos el mundo

\* Agradezco los comentarios de Demetrio Zavala a este texto.

a través de unos lentes verdes, estaríamos forzados a juzgar que todo lo que vemos es verde, y nunca estaríamos seguros si nuestros ojos ven las cosas como ellas son realmente, o si agregamos algo a lo que vemos. Y así, esto ocurre con nuestro entendimiento. Nosotros no podemos decidir, si lo que llamamos verdad, es de veras verdad, o si simplemente nos parece así. Por eso, la verdad que nosotros aprehendemos aquí no es la verdad después de nuestra muerte, y todo es un vano esfuerzo por poseer lo que nunca conseguiremos. [...] Ay Wilhelmine, si esto no sobrecoge tu corazón, no te rías de quien se siente herido en lo más profundo. Mi único fin se ha hundido ante mi vista, y no tengo otro. [...] Desde que advertí que la realización de la verdad no será conocida aquí en la tierra, no he vuelto a tocar otro libro. Me la paso de ocioso en mi cuarto, sentado frente a la ventana, huyendo de casa con un malestar interno que me conduce a las tabernas o cafés, buscando distracción, pero sin encontrar ningún alivio. [...] Este único pensamiento se convierte en una ansiedad que me quema: tu único propósito se ha derrumbado.

(Von Kleist, 1982: 95-96)

Para abordar las razones de Kleist es necesario detenerse en *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte y filosofía* (Von Kleist, 1988), relato que su autor fecha en 1801, el mismo

año de su crisis kantiana, y en el que cuenta que el señor K... —quien narra en primera persona— se encuentra en un parque con el señor C..., con quien tiene una conversación, la cual se desarrolla en tres pequeños subrelatos: un breve cuento sobre la conversación de dos personas acerca de las marionetas, el relato de un joven que hace proezas de agilidad física y, por último, un relato dedicado a la capacidad que tiene un oso para la esgrima. Cada uno de estos relatos servirá para exponer los problemas que encuentra Kleist en la filosofía kantiana. La conversación sobre las marionetas permitirá atender la afirmación kantiana sobre que el mundo cognoscible es mecanicista, el texto dedicado a las proezas físicas de un joven será útil para abordar la libertad cosmológica y el dedicado al oso esgrimista servirá para discutir lo que Kant considera sentimiento de lo sublime.



Les hicieron la vida de cuadrillos a los búhos, 1989, lápiz sobre papel, 43.5 x 35 cm.

Todo esto se presentará al amparo de una pregunta que será el hilo conductor de la exposición: ¿dónde sitúa Kant el error en su teoría del conocimiento? El problema que encuentra

Kleist en la filosofía kantiana es que ésta no contempla el error como parte del conocimiento, sino en tanto carencia de él (Phillips, 2007: 112). El error aparece más allá de los límites del conocimiento, como incumplimiento de éste, y la única manera en que puede ser advertido es como algo sorpresivo. Una de las formas en que Kleist presenta esta dualidad entre conocimiento y desconocimiento es la de mostrar la historia de la humanidad

inocencia? Sin duda, respondió; ése es el último capítulo de la historia de la humanidad.

(Phillips, 2007: 31-32, 36)

Según el relato de Kleist, hay que volver a comer del Árbol del Conocimiento para recuperar la inocencia, como si al buscar el conocimiento se hubiera “perdido” el error, y con él también lo que se buscaba, el conocimiento. La pretensión de fundamentar el conocimiento, de asegurarlo de la mejor manera, tenía que poner el error fuera de él. Por eso Kant sitúa el error en el lugar de la cosa en sí, y ésta es desconocida. De tal manera que Kant, según Kleist, sólo puede ver conocimiento o carencia de conocimiento. Vale la pena volver a citar la parte de la carta referida en que expone: “Nosotros no podemos decidir, si lo que llamamos verdad, es de veras verdad, o si simplemente nos parece así. Por eso, la verdad que nosotros aprehendemos aquí no es la verdad después de nuestra muerte, y todo es un vano esfuerzo por poseer lo que nunca conseguiremos.”

Kant propone la cosa en sí para marcar el límite entre lo que se conoce y aquello que es desconocido, pero si la delimitación es correcta, sólo hay dos posibilidades y no se puede saber en cuál se está, cuando lo que debería hacer Kant es justificar el conocimiento demostrando la posibilidad de que quien lo posee, puede justificarlo como verdadero. Kant hace la fundamentación del conocimiento como un trabajo topográfico: marcar los límites y las fronteras del conocimiento, de ahí que trate de delimitar un *territorio* en donde el conocimiento es posible (Kant, 1991: 86). Para ello, además



Carbón de agudín, 1989, lápiz sobre papel, 43,5 x 35 cm.

como consecuencia de haber comido del Árbol del Conocimiento y que nuestro destino es recobrar la inocencia perdida.

Semejantes torpezas, añadió a guisa de conclusión, son inevitables desde que comimos del Árbol del Conocimiento. El paraíso está cerrado con siete llaves y el ángel detrás de nosotros; tenemos que dar la vuelta al mundo para ver si por la parte de atrás en algún lugar, ha vuelto a abrirse. [...] Por consiguiente, dije un tanto ausente, ¿tenemos que volver a comer del Árbol del Conocimiento para recobrar el estado de

del conocimiento y la cosa en sí, añade otro ámbito, que es el de la apariencia como plena contingencia, el cual se opone al ámbito del conocimiento, que es el fenómeno. Así, encierra al fenómeno entre dos fronteras, por un lado la apariencia y, por el otro, la cosa en sí. En otras palabras, este territorio está rodeado por la ilusión y lo desconocido. En síntesis, según Kleist, Kant nunca logra construir dicho territorio, porque dentro de él no incluye el error, que es lo único que le puede permitir al sujeto saber que cuenta con conocimiento. Como el sujeto no es consciente de que conoce no puede por lo tanto justificar ni poner en duda el conocimiento, ya que no puede pensar que su afirmación sea equivocada. El error ocurre por sorpresa, y entonces se está en la ilusión o en lo desconocido.

Antes de pasar a la conversación sobre las marionetas, hay que detenerse en lo que Kleist considera que debiera ser la construcción de las delimitaciones kantianas. Para Kleist, el territorio del conocimiento debe incluir el error y no dejarlo fuera, porque de otra forma, nunca se sabrá si se tiene conocimiento.

Kant formula de diversas maneras estos tres ámbitos, a saber: apariencia o idealismo empírico, fenómeno o idealismo trascendental e ilusión o realismo trascendental. Pueden ser expuestos aquí mediante las distinciones kantianas entre idealismo trascendental, realismo trascendental e idealismo empírico. De esta manera, se aprecia con mayor claridad lo que Kleist considera que Kant pretende hacer y no logra. Kant busca sostener el idealismo trascendental como la

posibilidad del conocimiento. De acuerdo con este idealismo trascendental, para ser considerado agente que conoce el sujeto debe ser capaz de realizar algunas inferencias correctas. En cambio, el realismo trascendental exige que el sujeto se confronte con las cosas como son en sí mismas y, por lo tanto, que sólo realice las acciones más apropiadas a su relación con el mundo. En tanto, el idealista empírico sostiene que el sujeto sólo puede tener acceso inmediato a sus propias representaciones y toda confrontación con la realidad le está negada puesto que nada más cuenta con el sentimiento de asentimiento. (Kant, 2002: 345, A369)

Kleist considera necesario incluir el error en el conocimiento para poder distinguir entre la verdad y la falsedad, pues si el conocimiento implica una creencia sobre algo, esta creencia debe ser coherente con las creencias del sujeto que cree; es decir, atribuir conocimiento a un sujeto supone que éste es un sujeto racional. Así, se puede afirmar que el problema que plantea Kleist radica en el tipo de racionalidad que Kant atribuye al conocimiento, y Kleist sabe cuáles son las propuestas kantianas.

Esto se puede exponer con base en los tres tipos de racionalidad mencionados. El realista trascendental que propone una racionalidad ideal dirá que si un sujeto tiene un conjunto particular de creencias (o deseos), entonces el sujeto hará todas y sólo aquellas acciones que son aparentemente apropiadas. Para el idealista empírico, quien propone una racionalidad nula, un sujeto tiene creencias sólo si se puede saber de ellas por todas y aquellas oraciones que afirme. En la racionalidad mínima del idealismo trascendental, se espera únicamente que el sujeto haga algunas inferencias útiles y factibles en situaciones específicas (Cherniack, 1986: 7, 26).

Se puede convenir en que el realismo trascendental es inaceptable en la medida que es una propuesta para la que no tiene sentido hablar de conocimiento, pues, según Kleist, implica que debe ser excluida por no considerar el error. El realismo trascendental supone un sujeto idealmente racional para ser considerado agente que conoce, lo que implica que debe tener habilidad inferencial ideal, pero de ser el caso, la teoría del conocimiento perdería su aplicabilidad y su poder predictivo, y sería una teoría irracional. Kleist cree que el territorio en donde coloca Kant el conocimiento es precisamente éste, que supone un sujeto con una habilidad heurística ideal, capaz de llevar a cabo exitosamente todas y cada una de las inferencias correctas. En otras palabras, el sujeto debe poseer

una habilidad deductiva perfecta. Si no cumple con estos requisitos, no es considerado un agente que conoce, pero tampoco puede haber una acción apropiada, reconocida como tal por el sujeto. Por supuesto, esta teoría del conocimiento basada en el realismo trascendental no tiene aplicabilidad, porque no hay sujetos capaces de cumplir con las condiciones racionales ideales. No hay que suponer estados mentales, ya sean creencias o deseos, como estados intencionales porque debe haber un cumplimiento perfecto de toda acción. Pero de no haber agentes que conozcan, se sigue que tampoco se pueden predecir sus acciones e inferencias futuras, porque no hay agentes. Paradójicamente, esta teoría del conocimiento, con una presuposición de una racionalidad ideal, es irracional en tanto que no tiene característica alguna necesaria para suponer racionalidad. Sin embargo, con el diálogo sobre la marionetas Kleist muestra que Kant, finalmente, pretende rechazar este realismo pero no puede salir de él, pues supone una relación con el mundo basada en leyes mecanicistas.

El idealismo empírico tampoco puede ser aceptado como conocimiento. La teoría del conocimiento que propone considera una racionalidad nula, pues no reclama ningún requisito de racionalidad en el agente que conoce, al que le basta afirmar cualquier oración, sin importar si ésta es incoherente o carece de conexión o relación con el resto de sus afirmaciones. En esta teoría del conocimiento no se puede predecir la conducta, ni la relación entre estados mentales y acción. Si el sujeto dice “llueve” o “no llueve”, entonces cree que llueve o que no llueve. Como a este sujeto no es necesario atribuirle racionalidad para suponer que tiene creencias, tampoco se debe esperar que sea capaz de realizar inferencias correctas. Por lo tanto, su conjunto de creencias puede tener cualquiera y todas las inconsistencias: sus elecciones de acción serán azarosas y aunque en apariencia puede realizar acciones apropiadas, no se pueden tener expectativas sobre su comportamiento. De ahí que la teoría del conocimiento basada en el idealismo empírico no tenga ninguna función y que Kleist considere que Kant sólo puede ver esta posibilidad como contrapuesta al conocimiento —por ejemplo, el sentimiento de lo sublime o la libertad cosmológica—, porque considera que hay una correspondencia perfecta en el conocimiento al no incluir éste el error.

Por último, el idealismo trascendental, propuesta que según Kleist, Kant debería construir para poder elaborar una teoría del conocimiento, lo que no logra. Una teoría del conocimiento

del idealismo trascendental, la cual asume una racionalidad mínima, propone que un sujeto será aceptado como agente que conoce si tiene un conjunto particular de creencias y hace algunas, aunque no (como lo exige el racionalismo ideal) necesariamente todas las acciones que tienden a satisfacer sus deseos (Cherniack, 1986: 9). A diferencia de la teoría de la racionalidad nula, el idealismo trascendental exige un requisito negativo para aceptar al sujeto como agente cognoscitivo: es necesario que dado un conjunto particular de creencias el sujeto intente algunas acciones que sean apropiadas, pero que además no intente suficientes de las acciones que son inapropiadas dado ese mismo conjunto de creencias.

Para los fines de esta exposición, se modificará el orden en que Kleist presenta los tres relatos incluidos en *Sobre el teatro de marionetas...*, y se comenzará por el segundo, relativo a la proeza física de un joven, a fin de abordar la presencia del error sólo como el no cumplimiento de las leyes mecánicas de la naturaleza. Después se empleará el relato sobre el oso esgrimista para señalar la imposibilidad de comprensión que aparece en el sentimiento de lo sublime. Y por último, la conversación de las marionetas como un cumplimiento eficaz del conocimiento. Con esta modificación del orden en que son presentados los relatos por Kleist se pretende exhibir los extremos en los que no hay conocimiento, aunque en ellos sí aparezca la conciencia. El propósito es mostrar por qué en el centro, donde coloca Kant el conocimiento, sólo cabe un agente que conoce con las

características de un autómatas, en tanto que no tiene conciencia.

El relato sobre el joven muestra las consecuencias de la pérdida de la inocencia. Este relato se articula en una trama que lo cruza y que está dedicada a la pérdida de la inocencia y a la necesidad de recuperarla. "Afirmé estar familiarizado con los trastornos que la conciencia causa en la gracia natural del ser humano. Un joven conocido mío había perdido la inocencia a resultas de una observación casual, ante mis mismísimos ojos, y pese a todos los esfuerzos imaginables no había logrado después recobrar nunca el paraíso de esta inocencia." (Von Kleist, 1988: 33). El personaje pierde la inocencia luego de observar un acontecimiento de libertad cosmológica, la cual está en los hechos que no pueden ser determinados por las leyes mecánicas, ya que, como los terremotos, no pueden predecirse porque no hay leyes que permitan controlarlos.

En un instante, el personaje descubre ante el espejo que ha logrado hacer un movimiento tan extraordinario que rebasa las leyes de la naturaleza, pero una vez que tiene conciencia de su proeza, no puede repetir ésta. El acontecimiento produce sorpresa en el joven y puede entenderse solamente mediante un juicio estético; es decir, este caso de incumplimiento de las leyes de la naturaleza se comprende únicamente por una operación que no es conocimiento pero que logra captar algo más allá de los límites de las leyes de la naturaleza. Kant propone un juicio subjetivo: el juicio estético permite comprender el acontecimiento. El joven recurre a otras imágenes para

comprender su proeza y encuentra así un modelo: su proeza es análoga a una estatua que vio en París, la que representa a un adolescente que se está sacando una astilla del pie. En el momento que comunica su juicio a su acompañante, y dado que es un juicio subjetivo, el acompañante lo rechaza diciendo "que veía fantasmas", a pesar de que comparte el juicio, ya que también lo ha comprendido por medio de la estatua vista en París. Por salir este acontecimiento de los límites de las leyes de la naturaleza no puede conocerse y requiere de una reflexión subjetiva.

El siguiente relato —que es el último en el orden de exposición de Kleist— es tan increíble que, paradójicamente, es calificado como creíble en el diálogo. Puede ser visto como una reducción al absurdo de la explicación que da Kant del juicio de lo sublime matemático, sentimiento que es generado cuando la imaginación se encuentra ante un acontecimiento que no puede ordenar bajo ninguna medida. Lo sucesivo de la imaginación puede aprehender tanto lo finito como lo infinito, y en este caso se ofrece algo que rebasa lo finito y el entendimiento no puede aplicar regla alguna para conocer el acontecimiento porque éste escapa a toda medida. Lo absurdo surge al llevar a sus últimas consecuencias la dualidad entre lo que es susceptible de medida y lo que carece de medida. Los límites del conocimiento se alcanzan cuando algo no puede ser medido, aunque sólo se esté del otro lado; es decir, cuando se carece de conocimiento. Como se dijo, en este relato aparece un oso que es capaz de practicar esgrima de una manera perfecta. "El oso [...] estaba erguido sobre las patas traseras; apoyado contra un poste al que se hallaba atado, alzaba la zarpa derecha presta a la réplica, y me miraba a los ojos: tal era su posición de guardia." (Von Kleist, 1988: 35). Ante la "seriedad del oso" no hay defensa (Man, 2007: 371). El oso no sólo para todos los golpes, sino que no es engañado por las fintas. Ningún gran esgrimista puede evitar confundirse ante las fintas de su contrincante. Pero el oso, con los ojos fijos en los de su rival en turno, es capaz de leer el alma. Quien presencia esta escena no puede más que calificarla de sublime. El oso no pone en riesgo la vida de su contrincante, ya que el animal está amarrado, pero no hay forma de medir el acontecimiento, pues los criterios, en este caso, se enfrentan con algo que no se puede medir: la seriedad del oso.

Por último, en el relato de las marionetas hay una analogía entre los bailarines y las marionetas. La posibilidad de tal semejanza está en que ambos tienen que cumplir con las

leyes de la naturaleza. Con esta analogía, Kleist sugiere que cuando Kant reduce el conocimiento a las leyes de la naturaleza, ve al sujeto como un autómatas que nada más cumple dichas leyes, sin poner en duda su cumplimiento. Los casos de excepción aparecen como carencia de conocimiento. Y no es que el sujeto carezca de conciencia de la verdad del conocimiento, pues no puede ponerlo en duda ni confrontarlo con la falsedad. Toda duda pone al sujeto más allá de los límites, del lado de la subjetividad. Es el señor C..., primer bailarín del Teatro de la Ópera de la ciudad, quien sostiene que los bailarines podrían aprender de las marionetas, porque en el caso de éstas no hay sentimientos y su mecanismo está basado en la ley de la gravedad, lo que hace que sus brazos y piernas se muevan como péndulos. El titiritero maneja a las marionetas moviendo las cuerdas que hacen que brazos y piernas reproduzcan de manera mecánica el de las figuras geométricas. Y la analogía entre el hombre y la marioneta alcanza mayor validez cuando el señor C... señala que los artesanos ingleses han elaborado piernas mecánicas que permiten que los mutilados bailen. Una marioneta construida por estos artesanos puede reproducir los movimientos de cualquier bailarín. La analogía hace pensar en un territorio donde se cumplen las leyes de la naturaleza, pues no cabe su incumplimiento en dicho territorio, como tampoco cabe el error, ya que existe correspondencia entre conocimiento y leyes. La excepción aparece en los límites del territorio. De esta forma, una excepción implica la carencia de conocimiento. "En cualquier caso, pensé, no puede errar el intelecto allí donde no hay intelecto ninguno." (Man, 2007: 32)

La "crisis kantiana" de Kleist surge de su terror a ese territorio de autómatas, en donde parece olvidarse la verdad del conocimiento, y éste se quiere asegurar como infalible. El progreso de la ciencia, en la medida que ésta no puede estar equivocada, sólo puede darse con la expansión de las fronteras de la ciencia misma. LC



El pobre bulto mudo, 1988, lápiz sobre papel, 43.5 x 35 cm.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cherniack, Christopher (1986), *Minimal Rationality*, Massachusetts, The MIT Press.
- Kant, Emmanuel (1991), *Crítica de la facultad de juzgar*, Caracas, Monte Ávila Editores, [trad. Pablo Oyarzún].
- \_\_\_\_\_ (2002), *Crítica de la razón pura*, Madrid, Taurus.
- Kleist, Heinrich von (1982), *An Abyss Deep Enough: Letters of Heinrich von Kleist, with a Selection of Essays and Anecdotes*, [trad. Philip B. Miller], New York, E. P. Dutton.
- \_\_\_\_\_ (1988), *Sobre el teatro de marionetas y otros ensayos de arte y filosofía*, Madrid, Hiperión, [trad. Jorge Riechmann].
- Man, Paul de (2007), "Formalización estética en *Über das Marionettentheater* de Kleist", en *La retórica del romanticismo*, Madrid, Akal, [trad. Julián Jiménez].
- Phillips, James (2007), *The Equivocation of Reason. Kleist Reading Kant*, Stanford, Stanford University Press.